

MARCAS DEL HORROR. INSCRIPCIONES INSTITUYENTES

Matilde Ruderman

En el comienzo de la tarea clínica con sobrevivientes de tortura y con familiares de desaparecidos, lo inmediato fue aliviar el sufrimiento. ¿Con qué herramientas técnicas? ¿Con qué cuerpo de teoría? Quienes nos habíamos formado en el psicoanálisis seguimos pensando con su cuerpo de teoría y apelando también a sus herramientas técnicas. Pero no bastaban. Lo traumático irrumpía desde un lugar real. El discurso de los pacientes no era una ficción, trascendía la novela familiar. No era una historia fantasmática sino una historia que nos involucraba a pacientes y psicoterapeutas (psicoanalistas o de otras corrientes de pensamiento) en un mismo tiempo histórico. El horror, como experiencia singular, era imposible de simbolizar, era impensable. Analizar en tiempos de amenaza fue también un impensable. Fue muy difícil mantener la asimetría funcional con los pacientes durante la dictadura, cuando la realidad aterrizante había alterado el campo posible para un análisis. Compartíamos un mismo tiempo histórico de dolor y negación. Un muro de silencio comenzaba a levantarse en la sociedad al mismo tiempo en que comenzaba a aplicarse la metodología de la desaparición de personas.

Algunos creíamos que se podía responder a lo siniestro intentando develarlo; aún en tiempos de dictadura, nos propusimos habilitar un espacio para desanudar las culpas inflingidas por el Estado. Se trabajó en el marco de los organismos de DDHH, asistiendo en los consultorios particulares y asumiendo los riesgos que ello implicaba.

Teníamos que inventar una escucha, posicionarnos en otro lugar que aquel que nos marcaba la neutralidad. El criterio de no-neutralidad (F. Ulloa) surgió tiempo después para entender aquello que habíamos desplegado. Se trataba de "creerle" al paciente, una mala palabra frente a la escucha de un neurótico. Se trataba de ayudar a poner sentido al horror vivido. Años después diría Ulloa, que había que intentar conceptualizar sobre una práctica. No pretendíamos acomodar una teoría para algo que nos dejaba sin palabras.

Traté de pensar, durante muchos años, dónde se inscribían las marcas del horror. Daba cuenta de las sucesivas reformulaciones de la teoría del trauma (Freud). Colegas de diferentes lugares que padecieron dictaduras, aportaron diversas lecturas acerca del trauma. A partir de 1981, con la publicación de "Sobrevivir" de Bruno Bettelheim, retomamos su lectura de lo traumático e incorporamos el concepto de "situación límite". Se describía de esta manera a la degradación máxima a que eran sometidos los sujetos en los campos de concentración de la Alemania nazi. Los relatos de sobrevivientes de los campos en Argentina dicen del mismo intento de aniquilar a los sujetos. No ha sido la muerte inmediata el método. La tortura fue usada para fragmentar al sujeto en los lugares donde el mismo se constituye con la marca del Otro: las zonas erógenas, lugar de la pulsión. Y en el intento de quebrar a un sujeto estaba presente el intento de fragmentación del cuerpo social.

Se sabía de la tortura y desde el espacio del campo trascendía los muros para armar los campos de concentración donde estaba la mayor parte de la sociedad, alienada en el discurso de la dictadura.

Se sabía y no se sabía. La negación se instaló haciendo estragos con un largo silencio. Hacían ruido los pies de las Madres caminando el círculo de la Plaza de

Mayo, pero sólo algunos escuchaban. Se alzaban las voces de los organismos de Derechos Humanos, pero era más exitoso el "por algo será" que justificaba la desaparición de personas.

Para entender lo imposible releímos a Aristóteles y sus enseñanzas para escribir tragedia (Poética). En el año 334 antes de Cristo, Aristóteles señalaba que la tragedia debía generar piedad y temor en quienes participaban en la escena. El hecho terrorífico debía ser arbitrario y generado por alguien familiar, un semejante. Tenía los signos que hemos podido observar en las dictaduras de los años '70. Recordemos que el espacio del teatro griego no diferenciaba el lugar de los actores y el del pueblo. Tuvimos el aporte de los textos de Ignacio Martín-Baró y su concepto de trauma psicosocial que desarrolló en medio de la guerra de El Salvador. El espacio de lo público y lo privado se entrecruzaba. Sin embargo, algo quedaba por fuera de la conceptualización aunque señalábamos la necesidad de escuchar al sujeto en el cruce de lo singular y lo colectivo.

Si pensamos que las marcas del horror se inscribían en la psiquis de un sujeto previamente constituido, adhiriendo a la teoría del trauma, bien podríamos decir que lo acontecido durante el terrorismo de Estado, el hecho traumático, vendría a reforzar las marcas infantiles. Y que el sujeto habría de responder con sus propios recursos. Entonces ¿lo acontecido fue sólo un episodio un poco más fuerte y nada más?

La revisión que presento tiene que ver con el riesgo de reducir la vida de los sujetos al campo "psi". Si decimos que en la infancia se instituyen las marcas que determinan la identidad y que con esta configuración, la vida de un sujeto será actualizada en cada acontecer sobre las determinaciones originales, estamos dejando por fuera las marcas instituyentes de los Estados sobre los sujetos. Estamos dejando por fuera las determinaciones de la historia social.

Decimos que el Estado produce subjetividad; que produce al sujeto con deberes y derechos, que lo instituido a través de los mismos nos hace iguales ante la ley. Somos iguales porque tenemos prohibido lo mismo. El ciudadano se configura como sujeto de la conciencia con las marcas específicas de los estados nacionales. Refiere el historiador Ignacio Lewkowicz, que el Estado instituye una marca y se produce un "plus". La psiquis recibe una marca y produce algo más que permanece oculto, en la opacidad. Lo que se produce no puede ser legible para el universo de discurso de la situación. Este "plus" es lo que queda por fuera tanto para el sujeto como para los lazos sociales.

¿Qué sucede cuando a un sujeto estructurado por un conjunto de marcas, las familiares y las del estado, se le presenta en la vida social una experiencia para la cual carece de antecedentes?

Desde siempre, en la historia, el poder omnímodo produjo genocidios. En América sabíamos de la tortura, de los asesinatos, de los robos, de exterminios masivos desde 1492.

La Argentina ha padecido un recorrido golpista desde 1930. Las características de los golpes de Estado en toda América Latina, a partir de la Segunda Guerra Mundial, correspondían a las sucesivas reformulaciones acerca del "enemigo". El golpe de 1976 no fue solamente un golpe reaccionario con una política represiva para los "disidentes", que de eso también se sabía. El terrorismo de Estado irrumpió no sólo

desde la ilegalidad de su fundamento sino que fue ilegal en su operatoria y esto es lo que lo diferencia de todos los golpes desde 1930 en Argentina.

El terrorismo de Estado, que ejerció el poder desde el '76 hasta el '83, negó la existencia de la planificación para la represión clandestina. Podría haberse legalizado diciendo que la desaparición era el método, pero se dijo "no hay desaparecidos".

A través del psicoanálisis afirmamos que no hay estatuto para la propia muerte, pero de la muerte sabemos por las otras muertes, por los ritos de nuestra cultura. Para la desaparición de personas, como método de un estado, carecemos de antecedentes. ¿Donde se inscribe esto? El conjunto de las marcas previas no lo permiten. La desaparición es lo irrepresentable, es la producción de lo impensable. He aquí el problema central para la elaboración de los duelos.

Cuando se producen desapariciones por catástrofes naturales, los estados dan respuestas que permiten hacer inscripciones simbólicas. Siempre hubo terremotos, lava, lodo o huracanes que hicieron desaparecer a mucha gente, pero siempre hubo la posibilidad de acercarse a un lugar donde poner una flor, espacio del rito, espacio para la simbolización.

La represión clandestina, la desaparición de personas, no sólo en Argentina, ha hecho que se alteraran los procesos de duelo. Nuestras culturas entierran a los muertos. No existe cultura sin duelo y esto es dialéctico, el duelo estructura lo simbólico y la cultura.

El debate que se prolonga en América Latina, en nuestras sociedades tan golpeadas y sin duelo, nos interroga acerca de las dificultades para reconstruir simbólicamente el tejido social desgarrado por la violencia.

¿Es posible cumplir con los procesos de duelo con la desaparición de personas?
¿Podremos olvidar sin rastros de los desaparecidos?.

Para que el olvido pueda llegar, difícil pero necesario, dolor al recordar y olvido al fin, los muertos tienen derecho a morir. Los desaparecidos merecen dejar de ser espectros para ser los muertos que podamos enterrar. Y si eso no fuera posible por múltiples circunstancias, debe advenir la verdad para poder simbolizar de alguna manera sobre un saber posible.

Respecto del terrorismo de Estado y sus efectos, ni el psicoanálisis ni la historia colectiva pudieron aún producir conceptos que habiliten un camino a lo simbólico. Podemos describir lo sucedido y dar cuenta del fracaso del discurso para metabolizar el horror de la desaparición de personas.

En el año 1995 se produjo un hecho novedoso en la Argentina; la declaración de un marino, el capitán Scilingo, puso letra concreta a lo que circulaba a voces y en secreto: habían tirado prisioneros con vida al Río de la Plata. Los desaparecidos empezaban a tener lugares y allí fueron las Madres a arrojar flores al río. Lugar del rito, lugar del duelo.

Se necesitó que hablara alguien que hubiera intervenido en la ejecución de planes de exterminio, para que la temática de la desaparición de personas dejara de ser el insistente tema de unos pocos, para que pudiera ser escuchado por algunos más en

la sociedad.

Desde el punto de vista psíquico todos fuimos afectados por existir en un universo imposible de significar. Esta novedad absoluta y horrorosa tuvo diferentes lecturas en sus efectos.

Abroquelándose en cuerpos de teoría, algunos consideran que el sujeto afectado sigue igual, según sus marcas infantiles, con alguna lastimadura más y a la espera de la cicatrización. Se entiende de esta manera que el sujeto, previamente constituido al terrorismo de Estado, respondía desde su estructura de sujeto y que se abría un camino de trabajo de duelo singular, privado.

Para el psicoanálisis, el duelo es un proceso singular que cada uno cursa en función de los vínculos previos con el objeto perdido; pero a partir del terrorismo de Estado, si sólo consideramos este aspecto, singularizamos la culpa, "la privatizamos" y corremos el eje de responsabilidad política del Estado. Que las culpas sean privadas, que los duelos sólo sean singulares, implica una desmentida de lo que fue el real del terrorismo de Estado.

Lo sucedido no fue un accidente reparable, o daba lugar a algo diferente o habría cercenamiento del sujeto. Hablaríamos entonces de un sujeto abolido, aniquilado. Pero no ha sido así: hemos observado a lo largo de años de trabajo y de vida cotidiana, la emergencia del sujeto con un "plus", ese algo más que había quedado en la opacidad. Hay algo suplementario que no suprime las marcas anteriores sino que las altera. (Lewcowicz) El acontecimiento que impactó hizo que los sujetos, siendo los mismos, fueran otros.

Convivir con la desaparición de personas y con ser sobrevivientes del horror, trasciende los límites de lo familiar. Le sucedió a una nación y fue responsabilidad de un Estado terrorista.

La clínica de 20 años de trabajo me aporta datos sobre este nuevo sujeto que, a pesar del horror y paradójicamente, resurge con una impronta singular, de enriquecimiento interno. La ronda de las Madres, la irrupción de H.I.J.O.S. en la escena nacional, los nuevos juicios que encarcelaron a genocidas que habían sido indultados, permiten pensar en el tiempo necesario para que se vaya configurando la resignificación del horror vivido.

En los últimos años los artistas plásticos han desplegado sus obras, los escritores sus palabras, el cine y el teatro aportó su lenguaje intentando ponerle sentido a un tramo de nuestra historia. "Las heridas de la memoria cívica también exigen un trabajo de pensamiento y de lenguaje para poder curar" (La conmemoración y el olvido. Edmundo Gómez Mango)

Quizás falte mucho tiempo aún para que cierren las heridas. El duelo está aún en proceso, está presente en las palabras no dichas, en los cuerpos negados, en los Estados que proponen olvido y reconciliación, en la discriminación entre afectados y no afectados.

Quizás el duelo sea imposible de cerrar hasta que se encuentren palabras que permitan instituir un nuevo universo de discurso donde nada nos sea ajeno.

La transmisión de la memoria histórico-social a las nuevas generaciones, permitirá un entramado fundante que legitime el espacio y la palabra de los sobrevivientes de los campos, portadores de la memoria del horror y hará también, que aquellos cuerpos no recuperados tengan un lugar como repudio simbólico a la desaparición de personas.

Matilde Ruderman
psicóloga

BsAs octubre de 1999

Presentado en el Congreso de Psicología Social de la Liberación
San Salvador, El Salvador. 13 al 15 de noviembre de 1999